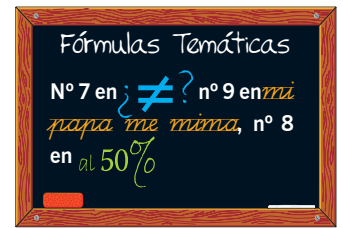


Ficha 16:

Chicas como tú en..
Afganistán y Mauritania



Las Mujeres en el mundo

Afganistán

“Hola:

Me llamo Rahila y tengo quince años.. Vivo en Kabul, la capital de Afganistán. Bien, decir que “vivo” es una verdad a medias. En realidad, las mujeres, las chicas, en Afganistán no vivimos sino que, en el mejor de los casos, vegetamos; en el peor; morimos. ¿Por qué vegetamos? Porque, con las nuevas costumbres impuestas por los talibanes, estamos obligadas a quedarnos encerradas en casa, ya que no tenemos derecho a ser vistas por los hombres si no son de la familia, y no tenemos derecho a ir al colegio. Y nosotras no nos podemos oponer porque no somos libres: somos propiedad de los hombres. Las mujeres que en el pasado habían podido estudiar y tenían una profesión se han visto obligadas a dejarla. Éste es el caso de mi madre, que tiene cuarenta y cinco años y era profesora de matemáticas. Mamá no soporta haber tenido que dejar de trabajar, ni estar encerrada en casa, porque no tenemos derecho a salir a la calle solas, ni ver la oscuridad siempre que mira por la ventana, porque nos han obligado a pintar los cristales de negro, ni a llevar el chandri, un velo que tapa la cabeza y el cuerpo, llega hasta los pies y sólo deja una abertura enrejada a la altura de los ojos. Por todo eso, mamá tiene una depresión y se pasa el día en la cama, llorando. Mamá no puede recibir atención médica, a pesar de estar muy grave, porque todos los médicos son hombres- a las médicas no se les permite ejercer- y no pueden visitar a las mujeres si no son de su propia familia.

Por suerte, nuestro padre vive y se ocupa de nuestra manutención. Pero si él muriera, mi madre, mis hermanos y hermanas y yo también moriríamos, porque mamá no estaría autorizada a trabajar.”

Mauritania

“Hola:

Me llamo Efua y vivo en Mauritania, en África. Hoy es mi cumpleaños: cumpla seis años y estoy triste porque me gustaría no tener que crecer nunca, nunca. Tener seis años para siempre, para toda la vida...Ése es mi único deseo. Pero es un sueño imposible, lo sé. Y por eso de aquí a un año, cuando cumpla siete, tendrán que hacerme la ablación. Seguramente tú no has oído hablar de algo así, ¿verdad? ¡Que suerte tienes! Quiere decir que vives en un país en el que no se mutila a las niñas. En el mío, como en muchos otros de África o de Asia, la tradición hace que a las niñas, antes de que entremos en la pubertad, nos corten el clítoris. Aunque yo no he pasado por eso, sé que es horrible. El año pasado oí los chillidos de mi hermana Rosalie cuando se lo hacían. Después, me explicó que luchó como una fiera y que, para poderse lo cortar, habían tenido que sujetarla entre siete mujeres. Cuando por la noche fui a verla, no había más que llorar y, además, le salía mucha sangre. Le continuó saliendo durante muchos días. Yo temía que se muriera. Algunas niñas se mueren por culpa de la hemorragia o por las infecciones. Rosalie no se murió. Ahora hace meses que se lo hicieron, pero aún no tiene la herida bien cerrada. Tiene que caminar con las piernas abiertas porque le duele. Además, cada vez que hace pipí, le escuece muchísimo y llora aunque quisiera aguantarse las lágrimas.

Mi prima, Zenebú, que tiene quince años, dice que hacer pipí es doloroso, pero mucho más lo es cuando te tienes que meter en la cama con un hombre. Ella lo sabe porque cuando tenía doce años, Getu, un hombre de treinta y dos años del pueblo, la raptó porque quería convertirla en su mujer...¡Vaya!, en la segunda mujer; porque, de hecho, ya tenía una, pero se ve que no le gustaba. Abandonó a su primera mujer y negoció con los padres de Zenebú para poder casarse con ella. Aunque Zenebú no quería, los padres accedieron; la opinión de Zenebú no contaba. A partir de aquella noche, Getu se mete en la cama con ella. Dice que siempre le duele mucho, por culpa de la ablación. Además, también duele a la hora de tener hijos. Zenebú ya tiene un hijo de un año y está esperando otro.

Le he preguntado a mi madre por qué me tienen que hacer la ablación. Mamá dice que es la costumbre de nuestro país. Dice que hay países donde es peor porque además de cortales el clítoris, les cortan los labios de la vulva y les cosen la vagina. Sólo la descosen cuando es hora de casarlas y meterlas en la cama con un hombre.

Yo sé que mamá me explica que podría ser peor para quitarme el miedo. Pero no lo consigo. Tengo tanto... Tengo miedo del daño que me hará la mujer encargada de cortar los órganos sexuales cuando me acerque la navaja entre las piernas y, ¡zas!, me arranque un trozo de carne mía. ¡Mía y de nadie más! Y el daño que me hará toda mi vida. Y miedo de morirme de la hemorragia y de una infección.

Me gustaría ser pequeña por siempre jamás.”